

SHARPE
Y EL ÁGUILA DEL IMPERIO

BERNARD CORNWELL

SHARPE
Y EL ÁGUILA DEL IMPERIO

*Richard Sharpe
y la campaña de Talavera.
Julio de 1809.*

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Eagle*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: septiembre de 2021

© Rifleman Productions Ltd., 1981
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1997
© de la presente edición: Edhasa 1997, 2021
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-6357-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Depósito legal: B 13180-2021

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Impreso en España

Para Judy

«Todo hombre se avergüenza
de no haber sido un soldado».

SAMUEL JOHNSON

PRÓLOGO

En 1809 el ejército británico estaba dividido en regimientos, tal como sucede hoy en día, pero la mayoría de ellos recibía un número y no un nombre; así por ejemplo, el regimiento de Bedfordshire se llamaba en realidad el 14, los comandos de Connaught el 88, y así sucesivamente. Los soldados preferían los nombres, pero tuvieron que esperar hasta 1881 para que se aprobaran oficialmente. No le he dado deliberadamente ningún número al South Essex, un regimiento ficticio.

Un regimiento era una unidad administrativa; la unidad básica de batalla era el batallón. La mayoría de regimientos consistía, al menos, en dos batallones, pero algunos, como el imaginario South Essex, eran pequeños regimientos de un único batallón. He aquí por qué en *Sharpe y el águila del imperio* ambas palabras se usan indistintamente respecto al South Essex. En teoría, un batallón tenía un millar de hombres, pero las enfermedades y las bajas junto con la escasez de reclutas hacían que los batallones entraran a menudo en batalla con tan sólo quinientos o seiscientos hombres.

Todos los batallones estaban divididos en diez compañías. Dos de ellas, la Compañía Ligera y la Compañía de Granaderos, eran la elite del batallón y, las compañías ligeras en particular, eran tan útiles que se reclutaban o se ampliaban regimientos enteros de tropas ligeras, como los fusileros del 95.

Un batallón estaba normalmente al mando de un teniente coronel, con dos comandantes, diez capitanes y, por debajo de ellos, los tenientes y alféreces. Ninguno de estos oficiales había recibido ningún tipo de preparación; esto quedaba reservado

para los oficiales de ingeniería y artillería. Uno de cada veinte oficiales era ascendido. El ascenso normal se producía más por antigüedad que por méritos, pero un hombre rico, siempre que hubiera servido durante un cierto período en su graduación, podía comprar el ascenso siguiente y de esta manera colarse. Este sistema de compra podía conllevar ascensos muy injustos, pero vale la pena recordar que sin él el soldado británico de mayores éxitos, sir Arthur Wellesley, posteriormente duque de Wellington, no hubiera alcanzado una graduación lo suficientemente alta en los inicios de su carrera como para formar el ejército más sobresaliente que haya tenido Gran Bretaña; el ejército en el que Richard Sharpe luchó contra los franceses en Portugal, España y Francia entre 1808 y 1814.

CAPÍTULO 1

Los cañones se oían mucho antes de que aparecieran. Los niños se colgaban de las faldas de sus madres preguntándose qué cosa tan espantosa provocaba aquellos ruidos. Los cascos de los grandes caballos se mezclaban con el sonido metálico de tirantes y cadenas, con el estruendo hueco de las ruedas desdibujadas y, sobre todo, con el estruendo de toneladas de latón, hierro y vigas que rebotaban contra el pavimento destrozado de la ciudad. Entonces aparecieron los cañones, los arzones, los caballos y la escolta; los artilleros parecían tan duros como los cañones ennegrecidos y rechonchos que evocaban la lucha que tenía lugar al norte, donde la artillería había arrastrado sus voluminosas armas por ríos crecidos y había subido pendientes chorreantes de lluvia para machacar al enemigo hasta la derrota. Ahora lo volverían a hacer. Las madres sujetaban a sus pequeños y señalaban los cañones, seguras de que estos británicos harían desear a Napoleón haberse quedado en Córcega para dedicarse a criar cerdos, que era para lo único que servía.

¡Y por fin llegó la caballería! Los campesinos portugueses aplaudían a las filas de vistosos uniformes al trote, a los brillantes y curvados sables desenvainados que se exhibían por las calles y plazas de Abrantes, y el fino polvo levantado por los cascos de los caballos resultaba un bajo precio con que pagar la visión de los espléndidos regimientos que, según decían los ciudadanos, echarían totalmente a los franceses más allá de los Pirineos, de vuelta a las alcantarillas de París. ¿Quién podía resistirse ante tal ejército? De norte a sur, desde los puertos de la costa oeste, se estaban reuniendo y marchaban dirección este

por la ruta que iba hacia la frontera española y hacia el enemigo. Portugal sería libre, el orgullo de España se vería restaurado, Francia sería humillada y esos soldados británicos volverían a sus bodegas y a sus tabernas dejando Abrantes y Lisboa, Coimbra y Oporto en paz. Ellos, los soldados, no tenían tanta confianza en sí mismos. Ciertamente habían batido al ejército norte de Soult pero, al avanzar hacia sus sombras alargadas, se preguntaban qué había más allá de Castelo Branco, la ciudad más cercana y la última antes de la frontera. Pronto volverían a enfrentarse a los veteranos de Jena y de Austerlitz, que vestían capote azul, a los amos de los campos de batalla europeos, a los regimientos franceses que habían convertido a los más distinguidos ejércitos del mundo en picadillo. Los habitantes de la ciudad estaban impresionados, al menos por la caballería y la artillería, pero, a ojos de un experto, las tropas que se reunían en los alrededores de Abrantes eran desgraciadamente pocas y los ejércitos franceses que amenazaban al este eran temiblemente grandes. El ejército británico que atemorizaba a los niños de Abrantes no asustaría a los mariscales franceses.

El teniente Richard Sharpe, esperando órdenes en su alojamiento a las afueras de la ciudad, miraba cómo la caballería envainaba sus sables cuando quedaban atrás los últimos espectadores; entonces reanudó la tarea de desenrollar el sucio vendaje de su muslo.

Cuando las últimas pulgadas se hubieron despegado, algunos gusanos cayeron al suelo y el sargento Harper se arrodilló para recogerlos antes de mirar la herida.

—Ha cicatrizado, mi teniente. Estupendo.

Sharpe gruñó. El corte de sable se había convertido en nueve pulgadas de tejido cicatrizado y arrugado, limpio y rosa comparado con la piel más oscura. Se quitó un último gusano gordo y se lo dio a Harper para que lo guardara.

—Vaya, precioso, sí que estás bien alimentado.

El sargento Harper cerró la lata y levantó la vista hacia Sharpe.

—Tuvo suerte, mi teniente.

Era cierto, pensó Sharpe. El húsar francés casi acaba con él; su espada estaba a medio camino de darle un tremendo golpe cuando la bala del fusil de Harper le había levantado de la silla de montar y el rostro del francés, envuelto en extrañas coletas, se convulsionó rápidamente por el dolor. Sharpe se había escurrido desesperadamente y el sable, que le apuntaba al cuello, le había cortado el muslo dejándole otra cicatriz como recuerdo de los dieciséis años en el ejército británico. No había sido una herida profunda, pero Sharpe había visto morir a muchos hombres a causa de cortes más pequeños, con la sangre envenenada y la carne descolorida y pestilente. Los médicos eran incapaces de hacer otra cosa que dejar que el herido sudara y se pudriera hasta morir en los osarios a los que ellos llamaban hospitales. Un puñado de gusanos hacía más que un ejército de doctores, devoraban el tejido enfermo y dejaban que la carne sana cicatrizara naturalmente. Sharpe se levantó e intentó mover la pierna.

—Gracias, sargento. Está como nueva.

—Me alegro, mi teniente.

Sharpe se puso el mono de caballería que usaba en vez de los pantalones verdes reglamentarios de los fusileros del 95. Estaba orgulloso del mono verde con refuerzos de cuero negro que le había quitado al cadáver de un coronel cazador de la guardia imperial de Napoleón el invierno anterior. El lateral exterior de cada pierna iba decorado con más de veinte botones de plata, y con ese metal él se había pagado comida y bebida cuando su pequeña banda de fusileros refugiados había huido hacia el sur a través de las nieves de Galicia. El coronel había sido una buena presa; no había muchos hombres en ambos ejércitos tan altos como Sharpe, pero los pantalones le iban perfectos y las botas de cuero negro, rico y suave, estaban hechas a su medida. Patrick Harper no había tenido tanta suerte. El sargento era unas cuatro pulgadas más alto que Sharpe y el enorme irlandés no había encontrado todavía unos pantalones con que reemplazar los suyos ya descoloridos, remendados y hechos jirones, que apenas servirían para espantar a los cuervos en un campo de nabos. Toda la compañía estaba así, pensaba Sharpe, con los uniformes raídos

y las botas literalmente atadas con tiras de cuero. Mientras el batallón principal estaba en casa, en Inglaterra, la pequeña compañía de Sharpe no había encontrado ni un oficial comisario deseoso de complicarse la vida con los libros de contabilidad, para proporcionarles pantalones o zapatos nuevos. El sargento Harper le entregó a Sharpe la chaqueta del uniforme.

—¿Quiere que le dé un baño húngaro, mi teniente?

Sharpe negó con la cabeza.

—Puedo soportarlo.

No había muchos piojos en la chaqueta, no los suficientes como para tener que impregnarla con el humo de un fuego hecho con hierba y oler como un carbonero durante los dos días siguientes. La chaqueta estaba tan gastada como las del resto de la compañía, pero nada, ni el cadáver mejor vestido de España o Portugal, le hubiera convencido para que la tirara. Era verde, la chaqueta verde oscuro de los fusileros del 95, y era el emblema de un regimiento de elite. La infantería británica iba de rojo, pero la mejor infantería británica iba de verde, e incluso después de tres años en el 95 a Sharpe le gustaba la distinción del uniforme verde. Era todo lo que tenía, su uniforme y lo que podía cargar a sus espaldas. Richard Sharpe no tenía otro hogar que el regimiento, ni otra familia que su compañía, ni otras pertenencias que lo que le cabía en la mochila y en las cartucheras. No conocía otra forma de vivir y esperaba morir de esa manera. Se ajustó la faja roja de oficial alrededor de la cintura y la cubrió con el cinturón de cuero negro y hebilla plateada con forma de serpiente. Después de un año en la Península, sólo la faja y el sable denotaban su graduación de oficial, e incluso su espada, al igual que los pantalones, no era reglamentaria. Los oficiales de los fusileros, como todos los oficiales de infantería ligera, llevaban un sable curvado de caballería, pero Sharpe odiaba esa arma. En su lugar llevaba la espada larga y recta de la caballería pesada; un arma horrible, mal equilibrada y brutal, pero a Sharpe le gustaba la sensación de una espada salvaje que podía derribar las finas espadas de los oficiales franceses y machacar un mosquete y una bayoneta.

La espada no era su única arma. Durante diez años Richard Sharpe había servido en las filas de los casacas rojas, primero como soldado raso, luego como sargento, cargando con un mosquete de ánima lisa por las llanuras de la India. Había resistido en la línea con el pesado fusil de chispa, había entrado aterrorizado en brechas abiertas con una bayoneta y todavía llevaba un arma larga en la batalla. El fusil Baker era su distintivo, lo diferenciaba de otros oficiales, y los alféreces de dieciséis años, recién llegados con uniformes nuevos y brillantes, miraban cautelosamente al alto teniente de pelo negro con el fusil colgado y la cicatriz que, excepto cuando reía, daba a su rostro un aire de siniestra diversión. Algunos se preguntaban si las historias eran ciertas, historias de Seringapatam y Assaye, de Vimeiro y Lugo, pero una mirada de sus ojos aparentemente burlones, o la visión de las empuñaduras gastadas de sus armas, ahuyentaban las dudas. Pocos oficiales nuevos se paraban a pensar qué representaba realmente el fusil, la lucha más fiera que Sharpe hubiera jamás mantenido, la ascensión desde el rancho de la tropa a la comida de los oficiales. El sargento Harper miró por la ventana hacia la plaza iluminada por la luz de la tarde.

—Aquí viene Feliz, mi teniente.

—El capitán Hogan.

Harper no hizo caso de la reprobación. Sharpe y él llevaban mucho tiempo juntos, habían compartido muchos peligros y el sargento sabía perfectamente qué libertades se podía tomar con su oficial taciturno.

—Se le ve más contento que nunca, mi teniente. Debe de tener otro trabajo para nosotros.

—Dios quiera que nos envíen a casa.

Harper, quitando suavemente el seguro de su fusil con sus enormes manos, hizo ver que no oía el comentario. Sabía lo que quería decir pero el tema era peligroso. Sharpe estaba al mando de lo que quedaba de una compañía de fusileros que había sido aislada de la retaguardia del ejército de sir John Moore durante la retirada a La Coruña el invierno anterior. Había sido una campaña con un tiempo terrible, más propio

de los cuentos de viajeros en Rusia que del norte de España. Algunos hombres habían muerto mientras dormían, con los cabellos helados pegados al suelo, mientras que otros se habían descolgado exhaustos de la marcha para esperar que la muerte los alcanzara. La disciplina del ejército se había derrumbado y los borrachos vagabundos habían sido carne fácil para la caballería francesa que azotaba sus cabalgaduras agotadas hasta pisarle los talones al ejército inglés. La chusma se salvó del desastre solamente gracias a que unos pocos regimientos, como el 95, mantuvieron la disciplina y siguieron luchando. De 1808 se pasó a 1809 y aquella pesadilla de batalla continuó, una batalla en la que se luchaba con pólvora húmeda y con los hombres congelados que se asomaban por entre la nieve para vislumbrar los capotes de los dragones franceses. Entonces, un día en que la ventisca se hinchaba como un monstruo malévolos, los jinetes cortaron la retirada a la compañía. El capitán murió, el otro teniente también, los rifles no disparaban y los sables del enemigo se levantaban y caían, y la nieve húmeda amortiguaba todos los sonidos excepto los gruñidos de los dragones y los terribles tajos de las hojas que cortaban heridas humeantes al contacto con el aire helado. El teniente Sharpe y algunos pocos supervivientes se abrieron camino luchando y se escurrieron hasta unos peñascos donde los jinetes no pudieron seguirles, pero cuando la tormenta cesó y el último hombre salvajemente herido había muerto, no quedó ninguna posibilidad de reunirse con el grueso del ejército. El segundo batallón de los fusileros del 95 había vuelto a casa, mientras que Sharpe y sus treinta hombres, perdidos y olvidados, se habían encaminado hacia el sur, alejándose de los franceses, para reunirse con la pequeña guarnición británica de Lisboa.

Desde entonces Sharpe había pedido una docena de veces que le enviaran a casa, pero los fusileros eran demasiado escasos, demasiado valiosos, y el nuevo comandante del ejército, sir Arthur Wellesley, se mostraba reacio a perder siquiera treinta hombres. Así que se habían quedado y habían luchado con cualquier batallón que necesitara el refuerzo de su compañía ligera y habían vuelto a marchar hacia el norte, desandando el camino,

y habían estado con Wellesley cuando había vengado a sir John Moore echando al mariscal Soult y a sus veteranos del norte de Portugal. Harper sabía que su teniente albergaba rabia y resentimiento. Richard Sharpe era pobre, terriblemente pobre, y nunca tendría el dinero suficiente como para comprarse el siguiente ascenso. Llegar a ser capitán, incluso de un batallón ordinario, le costaría a Sharpe mil quinientas libras; de reunir esa cantidad hasta podría esperar que le nombraran rey de Francia. Sólo tenía una esperanza de ascenso y era por antigüedad en su propio regimiento; subir gracias a los hombres que habían muerto o habían sido ascendidos y cuya graduación no hubiera sido comprada. Pero mientras Sharpe estuviera en Portugal y el regimiento en casa, en Inglaterra, se olvidarían de él y le postergarían una y otra vez. Esa injusticia hacía que el resentimiento fermentara en Sharpe. Veía que hombres más jóvenes que él compraban su rango de capitán, de comandante, mientras que él, mejor soldado, se quedaba en el montón porque era pobre y porque estaba luchando en vez de estar a salvo en Inglaterra.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y el capitán Hogan entró en la habitación. Vestido con el abrigo azul y los pantalones blancos parecía un oficial de marina, y afirmaba que habían confundido su uniforme con el de un francés tan a menudo que le habían disparado más veces desde su propio bando que desde el del enemigo. Era ingeniero, uno de los poquísimos ingenieros militares que había en Portugal; sonrió ampliamente mientras se quitaba el sombrero de tres picos e inclinaba la cabeza sobre la pierna de Sharpe.

—¿El guerrero restablecido? ¿Cómo está la pierna?

—Perfecta, mi capitán.

—Los gusanos del sargento Harper, ¿verdad? Bueno, nosotros los irlandeses somos diablos listos. Dios sabe dónde estarían ustedes los ingleses sin nosotros.

Hogan sacó su caja de rapé y aspiró un buen pellizco. Mientras Sharpe esperaba el inevitable estornudo, clavó la mirada tiernamente en el bajito capitán de mediana edad. Durante un mes, sus fusileros habían escoltado a los hombres

de Hogan, pues el ingeniero había trazado un mapa de los caminos que atraviesan los pasos más altos que llevan a España. Ya no era ningún secreto que en cualquier momento Wellesley llevaría a su ejército hacia España siguiendo el Tajo, que apuntaba como una lanza hacia la capital, Madrid, y Hogan, además de trazar interminables mapas, había reforzado los desagües y los puentes que debían soportar las toneladas de bronce y madera que la artillería de campo desplazaría en su camino hacia el enemigo. Había sido un trabajo bien hecho y en buena compañía, hasta que llovió y los fusiles no disparaban y el húsar francés con cara de loco casi se hace un lugar entre los héroes con su carga solitaria contra los fusileros. De algún modo el sargento Harper había conseguido que la humedad no penetrara en la cazoleta de su fusil, y Sharpe aún temblaba al pensar lo que le podía haber sucedido si el fusil no hubiera disparado.

El sargento recogió las piezas del seguro de su fusil como si fuera a marcharse, pero Hogan retuvo su mano.

—Quédese, Patrick. Tengo un regalo para usted; uno que gustaría incluso a un salvaje de Donegal.

Sacó una botella oscura de su mochila y arqueó las cejas mientras miraba a Sharpe.

—¿No le importa?

Sharpe asintió. Harper era un buen hombre, bueno en todo lo que emprendía, y en los tres años que hacía que se conocían Sharpe y Harper se habían hecho amigos, o al menos eran todo lo amigos que pueden ser un sargento y un oficial. Sharpe no podía concebir la batalla sin el enorme irlandés a su lado, el irlandés temía luchar sin Sharpe, y juntos formaban la pareja más formidable que Hogan hubiera visto en el campo de batalla. El capitán apoyó la botella en la mesa y sacó el tapón.

—Coñac. Coñac francés de las bodegas del mismísimo mariscal Soult y requisadas como botín en Oporto. Con los saludos del general.

—¿De Wellesley? —preguntó Sharpe.

—El mismo. Preguntó por usted, Sharpe, y yo le dije que estaban curándole, pues de no ser así estaría conmigo.

Sharpe no dijo nada. Hogan paró un momento de verter cuidadosamente el líquido.

—¡No sea injusto, Sharpe! Usted le gusta. ¿Cree usted que ha olvidado Assaye?

Assaye. Sharpe lo recordaba perfectamente. El campo sembrado de muertos en el exterior de la aldea india, donde había sido ascendido en pleno campo de batalla. Hogan le alargó una copa de estaño.

—Usted sabe que no puede hacerle capitán del 95. ¡No tiene autoridad para hacerlo!

—Lo sé.

Sharpe sonrió y levantó la copa hasta sus labios. Pero Wellesley tenía autoridad para enviarlo a casa, donde podría ser ascendido. Se quitó ese pensamiento de la cabeza, sabiendo que el insulto continuo de su graduación le replicaría, y envidiaba a Hogan, que, siendo ingeniero, sólo podía conseguir el ascenso por antigüedad. Eso significaba que Hogan sólo era aún capitán, a pesar de estar en los cincuenta, pero al menos no había ni celos ni injusticia porque ningún hombre podía comprar su ascenso en el escalafón. Se inclinó.

—Así pues, ¿alguna noticia? ¿Seguimos con usted?

—Así es. Y tenemos un trabajo.

Los ojos de Hogan brillaron.

—Y también es un buen trabajo.

Patrick Harper sonrió burlón.

—Eso significa un golpe duro y fuerte.

Hogan asintió.

—Está usted en lo cierto, sargento. Un gran puente que enviar al otro mundo.

Sacó un mapa de su bolsillo y lo desplegó sobre la mesa. Sharpe miró cómo el dedo calloso seguía el trazo del río Tajo desde el mar hasta Lisboa, pasaba por Abrantes, que era donde estaban ahora sentados, y seguía hasta España para pararse allí donde el río giraba dando una gran curva hacia el sur.

—Valdelacasa —dijo Hogan—. Allí hay un viejo puente, romano. Al general no le gusta.

Sharpe ya sabía por qué. El ejército avanzaría por la orilla norte del Tajo hacia Madrid y el río resguardaría su flanco derecho. Había pocos puentes por los que los franceses pudieran cruzar y hostigar las líneas de avituallamiento, y esos puentes estaban en ciudades como Alcántara, donde los españoles tenían guarniciones que protegían los pasos. El de Valdelacasa no estaba siquiera marcado. Si no había pueblo no habría guarnición, y una fuerza francesa podría cruzar y hacer estragos en la retaguardia británica. Harper se inclinó y miró el mapa.

—¿Por qué no está marcado, mi capitán?

Hogan hizo un gesto despreciativo.

—Me sorprende que el mapa sitúe Madrid, ya no digamos Valdelacasa.

Tenía razón. El mapa de Tomás López, el único disponible para los ejércitos en España, era un trabajo maravilloso de la imaginación española. Hogan señaló con el dedo en el mapa.

—El puente apenas se utiliza, está en mal estado. Nos han dicho que a duras penas lo puede atravesar una carreta, no digamos un cañón, pero se puede restaurar y podríamos tener a los «pantalones viejos» a nuestras espaldas en un instante.

Sharpe sonrió. Los «pantalones viejos» era el extraño apodo que los fusileros daban a los franceses y Hogan había adoptado la expresión con gusto. El ingeniero bajó la voz con tono conspirador.

—Me han dicho que es un lugar extraño, sólo hay un convento en ruinas y el puente. Lo llaman el Puente de los Malditos.

Movió la cabeza como si se hubiera salido con la suya.

Sharpe esperó algunos instantes y suspiró.

—De acuerdo. ¿Qué quiere decir con eso?

Hogan sonrió triunfalmente.

—¡Me sorprende que tenga que preguntarlo! El Puente de los Malditos. Parece ser que, hace años, todas las monjas fueron obligadas a salir del convento y masacradas por los moros. ¡Está encantado, Sharpe, acechado por los espíritus de los muertos!

Sharpe se inclinó hacia adelante para mirar más de cerca el mapa. Dado el grosor del dedo de Hogan, el puente debía de estar a sesenta millas pasada la frontera y ellos ya estaban a esa misma distancia de España.

—¿Cuándo salimos?

—Tenemos un problema —dijo Hogan mientras doblaba el mapa con cuidado—. Podemos salir hacia la frontera mañana, pero no la cruzaremos hasta que los españoles nos inviten a ello formalmente.

Se echó hacia atrás con su copa de coñac.

—Y tenemos que esperar a nuestra escolta.

—¡Escolta! —soltó Sharpe enojado—. ¡Nosotros somos su escolta!

Hogan negó con la cabeza.

—Oh, no. Así es la política. Los españoles nos dejarán volar el puente pero sólo si un regimiento español viene con nosotros. Es cuestión de orgullo, por lo que se ve.

—¡Orgullo! —dijo Sharpe mostrando su ira de forma evidente—. Si tiene usted todo un regimiento de españoles, ¿para qué narices nos necesita a nosotros?

Hogan sonrió de forma apaciguadora.

—Les necesito, pero hay algo más, ¿sabe?

Harper le interrumpió. El sargento estaba de pie junto a la ventana, ajeno a la conversación y mirando hacia la pequeña plaza.

—Qué preciosidad. Oh, mi teniente, con eso sí que tendría limpio el fusil.

Sharpe miró por la ventana. Fuera, montada en una yegua negra, estaba sentada una chica vestida también de negro; calzones negros, chaqueta negra, y un sombrero de ala ancha que le hacía sombra en la cara pero que no oscurecía su sorprendente belleza. Sharpe contempló su boca, sus ojos oscuros, sus cabellos rizados del color de la pólvora fina, y entonces ella se dio cuenta de que la observaban. Les dedicó media sonrisa y se dio la vuelta, dio una orden a un criado que sostenía el cabezal de una mula y miró fijamente hacia el camino que iba desde la plaza al centro de Abrantes. Hogan emitió un gruñido de complacencia.

–Es alguien muy especial. No se ve algo así muy a menudo.
¿Quién será?

–¿La mujer de un oficial? –sugirió Sharpe.

Harper sacudió la cabeza en señal de negación.

–No lleva anillo, mi capitán. Pero está esperando a alguien, a un bastardo con suerte.

Y un bastardo rico, pensó Sharpe. El ejército estaba congregando la usual cola de mujeres y niños que seguía a los regimientos a la guerra. Cada batallón sólo podía llevar a las mujeres de sesenta soldados a una guerra en ultramar, pero nadie podía impedir que otras mujeres se unieran a las esposas oficiales; chicas del lugar, prostitutas, costureras y lavanderas, todas ellas viviendo del ejército. Esa chica era diferente. Olía a dinero y a privilegios, como si se hubiera escapado de una casa rica de Lisboa. Sharpe supuso que sería la amante de un oficial rico, y que formaría parte de su equipo al igual que los caballos de pura sangre, las pistolas de Manton, el servicio de mesa de plata para las comidas de campaña y los sabuesos que trotarían con obediencia tras su caballo. Había muchas chicas como ella, Sharpe lo sabía, muchachas que costaban mucho dinero. Sintió que la vieja envidia le invadía de nuevo.

–Dios mío –volvió a hablar Harper mientras seguía mirando por la ventana.

–¿Qué sucede?

Sharpe se inclinó hacia delante y, al igual que su sargento, no creía lo que veían sus ojos. Un batallón de infantería británica entraba marchando gallardamente en la plaza, un batallón de aquellos que Sharpe no había visto desde hacía doce meses. Un año en Portugal había convertido al ejército en la pesadilla de un sargento de instrucción; los descoloridos uniformes de los soldados habían sido remendados con la tela marrón omnipresente de los campesinos portugueses, llevaban los cabellos largos, y hacía tiempo que había desaparecido el brillo de los botones y de las condecoraciones. A sir Arthur Wellesley no le importaba; sólo le preocupaba que cada soldado tuviera sesenta cartuchos de munición y la cabeza despejada, y si sus pantalones eran marrones en lugar de blancos no tenía ninguna impor-

tancia para el desenlace de la batalla. Pero este batallón acababa de llegar de Inglaterra. Sus abrigos eran de un escarlata brillante, los cinturones de un blanco como la espuma y las botas de un negro acharolado. Todos los hombres llevaban polainas bien abotonadas y, aún más sorprendente si cabe, todavía llevaban el infame cuello; cuatro pulgadas de piel negra acharolada y rígida que comprimían la mandíbula, ya que se suponía que así mantendrían la barbilla de los hombres alta y la espalda recta. Sharpe no recordaba cuándo había visto el último de esos cuellos; una vez en campaña los hombres los «perdían», y con ellos se iban también las llagas supurantes que se producían allí donde la piel rígida se hundía en la carne suave junto a la mandíbula.

–Se han equivocado de desvío para ir al castillo de Windsor –dijo Harper.

Sharpe sacudió la cabeza.

–¡Es increíble!

Quienquiera que estuviera al mando de ese batallón debía haber convertido la vida de aquellos hombres en un infierno para conseguir que se mostraran tan immaculados a pesar de la travesía desde Inglaterra en barcos entumecidos y asquerosos, y a pesar de la larga marcha desde Lisboa bajo el calor del verano. Sus armas brillaban, su equipo estaba prístino y era el regular, mientras que sus caras estaban hinchadas y rojas a causa de los apretados cuellos y del sol al que no estaban acostumbrados. A la cabeza de cada compañía cabalgaban los oficiales; todos, advirtió Sharpe, montaban magníficamente. La bandera iba enfundada en cuero bruñido y estaba custodiada por sargentos cuyas hojas de alabardas habían sido pulidas hasta alcanzar un aspecto brillante y resplandeciente. Los hombres desfilaban con paso perfecto, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha, exactamente, tal como había dicho Harper, como si marcharan hacia una guardia real en Windsor.

–¿Quiénes son?

Sharpe intentaba recordar los regimientos que llevaban vueltas amarillas en el uniforme, pero éste no se parecía a ninguno de los regimientos que conocía.

–Los del South Essex –dijo Hogan.

–¿Quiénes?

–Los del South Essex. Son nuevos, muy nuevos. Recién reclutados por el teniente coronel sir Henry Simmerson, primo del general sir Banestre Tarleton.

Sharpe silbó suavemente. Tarleton había luchado en la guerra de América y ahora ocupaba un escaño en el Parlamento y era el adversario militar más duro de Wellesley. Sharpe había oído decir que Tarleton quería el mando del ejército en Portugal y se había resentido amargamente por el hecho de que hubieran preferido al joven Wellesley. Tarleton era un hombre influyente, un enemigo peligroso para Wellesley, y Sharpe sabía lo bastante de política del alto mando como para darse cuenta de que la presencia del primo de Tarleton en el ejército no iba a ser bienvenida por Wellesley.

–¿Es aquél de allí? –preguntó señalando a un hombre corpulento que iba montado en un caballo gris en el centro del batallón.

Hogan asintió.

–Aquél es sir Henry Simmerson.

El teniente coronel sir Henry Simmerson tenía la cara roja surcada de venas de color púrpura y con una papada que le colgaba. Sus ojos, a la distancia que los veía Sharpe, parecían pequeños y rojos, y a ambos lados de la cara recelosa y penetrante surgían unas orejas prominentes que parecían los muñones sobresalientes a cada lado de un cañón. Parecía, pensó Sharpe, un cerdo a caballo.

–No he oído hablar de él.

–No es de extrañar. No ha hecho nada –dijo Hogan con desdén.

–Hacendado, miembro del Parlamento por Paglesham, juez de paz y, Dios nos libre, coronel de milicia.

Hogan parecía sorprendido por su propia falta de caridad.

–Tiene buenas intenciones. No se dará por satisfecho hasta que esos chicos sean el condenado mejor batallón del ejército, pero yo creo que el hombre sufrirá un sobresalto tremendo cuando vea la diferencia entre nosotros y la milicia.

Como otros oficiales regulares, Hogan no tenía tiempo que perder con la milicia, el segundo ejército británico. Se utilizaba exclusivamente dentro de Gran Bretaña, no tenía que luchar nunca, ni pasaban hambre, ni tenían que dormir en un campo abierto bajo un aguacero, sin embargo desfilaban con una pompa gloriosa y con presunción. Hogan se rio.

–No podemos quejarnos. Somos afortunados por tener a sir Henry.

–¿Afortunados? –dijo Sharpe mirando al canoso ingeniero.

–Pues sí. Sir Henry llegó justo ayer a Abrantes pero nos dijo que era un gran experto en lo relativo a la guerra. ¡El hombre ni siquiera ha visto a un francés, pero ya le ha dado lecciones al general de cómo vencerlos! –exclamó Hogan riendo y sacudiendo la cabeza–. Tal vez aprenda. Una batalla le quitaría esa rigidez.

Sharpe miraba las compañías que desfilaban firmemente por la plaza como autómatas. Las condecoraciones de cobre sobre sus chacós reflejaban el sol, pero los rostros bajo el brillo eran inexpresivos. Sharpe amaba el ejército, era su hogar, el refugio que un huérfano había necesitado dieciséis años atrás, pero lo quería sobre todo porque le daba, de una manera torpe, la posibilidad de demostrar una y otra vez que le apreciaban. Podía irritarse con los ricos y los privilegiados, pero reconocía que el ejército le había sacado del arroyo y le había puesto una faja de oficial, y a Sharpe no se le ocurría otro trabajo que ofreciera a un bastardo de origen modesto y fugitivo de la justicia la posibilidad de graduación y de adquirir responsabilidad. Pero Sharpe también había sido afortunado. En dieciséis años apenas había dejado de luchar y había tenido la suerte de que las batallas en Flandes, India y Portugal hubieran convocado a hombres que, como él mismo, reaccionaban ante el peligro como un jugador reacciona ante una baraja de cartas. Sharpe sospechaba que odiaría el ejército en tiempo de paz, con sus desfiles religiosos e instrucciones sin sentido, sus mezquinas envidias y sus refinamientos interminables, y en el South Essex veía el ejército en un tiempo de paz que no le gustaba.

–Supongo que es un azote.

–Azotes, desfiles de castigo, instrucciones añadidas –contestó Hogan con una mueca–. Pida lo que quiera que sir Henry lo tendrá. Sólo quiere, eso dice, lo mejor. Y lo son. ¿Qué piensa de ellos?

Sharpe se rio ásperamente.

–Que Dios me guarde del South Essex. Eso no es mucho pedir, ¿verdad?

–Me temo que sí –contestó Hogan sonriendo.

Sharpe le miró, sintiendo que todo se acababa.

Hogan se encogió de hombros.

–Le dije que había más. Si un regimiento español marcha hacia Valdelacasa, sir Arthur cree, por el bien de la diplomacia, que uno británico también debe ir. Para mostrar la bandera y ese tipo de cosas.

Echó un vistazo a las lustrosas filas y se volvió hacia Sharpe.

–Sir Henry Simmerson y sus elegantes hombres vienen con nosotros.

–¿Quiere decir que debemos cumplir sus órdenes? –preguntó Sharpe quejándose.

–No exactamente –contestó Hogan apretando los labios–. Hablando con propiedad, usted seguirá mis órdenes.

Había hablado como un jurista, de forma remilgada y Sharpe le echó una mirada de curiosidad. Sólo podía haber una razón por la que Wellesley hubiera subordinado a Sharpe y sus fusileros a Hogan, en vez de a Simmerson, y esto era porque el general no confiaba en sir Henry. Sharpe aún no sabía por qué le necesitaban; después de todo Hogan podía esperar la protección de dos batallones enteros, al menos mil quinientos hombres.

–¿Cree el general que allí habrá una batalla?

–No lo sabe –contestó Hogan encogiéndose de hombros–. Los españoles dicen que los franceses tienen un regimiento completo de caballería en la orilla sur, con artillería pesada, que ha estado persiguiendo a los guerrilleros a lo largo del río desde la primavera. ¿Quién sabe? Cree que pueden intentar impedir que volemos el puente.

–Sigo sin entender por qué nos necesita.

–Quizá no les necesite –sonrió Hogan–. Pero no habrá ninguna otra acción militar en un mes; los franceses dejarán que nos adentremos bien en España antes de darnos batalla, así que Valdelacasa será al menos una oportunidad de luchar. Y quiero conmigo a alguien en quien confíe. Tal vez sólo le quiera conmigo como un favor.

Sharpe sonrió. Un favor, criar a un coronel de la milicia que creía que lo sabía todo, pero ocultó sus sentimientos.

–Por usted, mi capitán, será un placer.

–¿Quién sabe? –dijo Hogan sonriéndole también–. Pudiera ser. La chica se marcha.

Sharpe siguió la mirada de Hogan a través de la ventana y vio que la muchacha vestida de negro saludaba con la mano a un oficial del South Essex. Sharpe tuvo la impresión de que se trataba de un hombre rubio, de uniforme immaculado, montado sobre un caballo que probablemente habría costado más que el nombramiento del jinete. La muchacha espoleó su yegua hacia delante y, seguida por el criado y la mula, se unió a la retaguardia del batallón que desfilaba por el camino que llevaba a Castelo Branco. La plaza se vació de nuevo, el polvo se fijó en el calor feroz; Sharpe se echó hacia atrás y empezó a reír.

–¿De qué se ríe? –preguntó Hogan.

Sharpe señaló con su copa de coñac la chaqueta harapienta de Harper y sus pantalones agujereados.

–A sir Henry no le van a gustar mucho, que digamos, sus nuevos aliados.

La cara del sargento se volvió sombría.

–Dios salve Irlanda.

Hogan levantó su copa.

–Así sea.